LIBRO DE HECHOS

Lección 46, Capítulo 20 y 21

Nos queda un poco más por cubrir para completar el capítulo 20 de Hechos y luego pasaremos inmediatamente al capítulo 21. Pablo está en Mileto, una provincia de Asia, a unos pocos kilómetros al sur de Éfeso. No cree tener tiempo para viajar a Éfeso y reunirse con los líderes de allí porque tiene mucha prisa por regresar a Jerusalén para celebrar la Fiesta de Shavuot. Esta urgencia por llegar a Jerusalén se debe al hecho de que es un mandamiento bíblico que todos los israelitas hagan una peregrinación al Templo para la Fiesta de Shavuot (y también para otras dos Fiestas). Presten atención a cuánto tiempo y esfuerzo le toma llegar a Jerusalén para esta Fiesta, porque esto es lo que enfrentaba cada judío de la Diáspora y por qué relativamente pocos realizaban las peregrinaciones requeridas. Así que, por las razones o circunstancias que fueran, Pablo había decidido no hacer el viaje para la Fiesta de Matzah, lo que significa que quebrantó la Ley. Pablo ya era una figura tan conocida que, sin duda, los líderes de El Camino estaban preocupados porque no había venido a Jerusalén para la Pascua; esto solo podía aumentar las sospechas y los rumores de que quizá se estaba alejando de su devoción a la ***Halakhah***: la Ley judía. Sha'ul envió un mensaje a Éfeso pidiendo a los líderes de la congregación de creyentes que fueran a verlo, y así lo hicieron.

Sha'ul está seguro de que algo malo le sucederá cuando llegue a Jerusalén; tiene una intuición que ha sido confirmada por varios profetas de las congregaciones de creyentes, quienes le han advertido que habrá problemas. También está seguro de que, ya sea por este problema que se avecina o por alguna otra razón, nunca volverá a Éfeso (ni a las otras congregaciones de creyentes que estableció en Asia, Macedonia, Grecia y Frigia). Por eso pronuncia un apasionado discurso a los líderes de Éfeso para que lo recuerden como un seguidor dedicado y fiel de Yeshúa, que se puso en gran riesgo para llevarles la verdad. También les advierte que vendrán lobos a atacar al rebaño de creyentes e intentarán apartarlos hacia la oscuridad espiritual. Por lo tanto, como líderes deben estar alerta

ante esta posibilidad y ser conscientes de que estos lobos incluso podrían surgir de entre los propios creyentes.

Retomemos Hechos 20:32.

VUELVAN A LEER HECHOS 20:32 – final

Al leer y meditar en el versículo 32, se me ocurrió que Pablo, como maestro de la Palabra de Dios y evangelista del Evangelio de Yeshúa, estaba bastante preocupado por lo que sucedería cuando ya no estuviera presente para responder preguntas, guiar y animar. Ya hemos visto, como ocurrió con Apolos, el evangelista creyente de Alejandría, Egipto, que el mensaje de Dios puede distorsionarse fácilmente (incluso sin intención), o que pueden omitirse partes de información vital. Las ideas paganas pueden mezclarse con la verdad bíblica y los nuevos creyentes, especialmente, pueden ser susceptibles al engaño. La respuesta de Pablo al problema tenía dos partes: primero, suplicar a los líderes que miraran al Señor y que moderaran todo lo que pensaran, aprendieran, enseñaran e hicieran con amor y bondad. Pero, en segundo lugar, hay algo que Pablo hará y que no se menciona aquí: se mantendrá atento y, por medio de mensajeros y otros recursos, seguirá de lejos lo que sucede con estas congregaciones de la Diáspora. Y se comunicará con ellas por medio de cartas. Usará sus cartas a las congregaciones para exhortarlas a permanecer firmes en la fe que les enseñó; y las corregirá con doctrina correcta cuando se desvíen del camino. Aunque estoy seguro de que nunca lo imaginó, estas cartas a las congregaciones llegarían a formar una parte sustancial del Nuevo Testamento cristiano, que se añadiría a la Biblia unos 150 años después de su martirio. Y, por supuesto, tenemos la fortuna de contar con este mismo legado de las enseñanzas de Pablo para mostrarnos el camino en nuestro tiempo, tal como lo hizo para los efesios, gálatas, corintios y otras congregaciones de creyentes de los días de Pablo.

El versículo 33 señala enfáticamente algo que necesita recuperarse en el cristianismo moderno. Sha’ul dice que trabajó con sus propias manos para mantenerse y también para ayudar a otros; no recibió oro, plata ni ropa como pago por su enseñanza y predicación. En otras palabras, utilizó su oficio de fabricante de tiendas como medio de sustento y no buscó dinero

de las congregaciones para cubrir sus gastos de vida. Así que, para Sha'ul, ser evangelista no era su ocupación; era su pasión. Su ocupación financiaba su pasión.

El mensaje de Pablo para nosotros es este: los pastores y rabinos deberían trabajar para mantenerse, siempre que sea práctico, a fin de no ser una carga para la congregación. Pero también necesitamos considerar el ejemplo de Pablo a la luz de sus tiempos en comparación con los nuestros. Hoy se espera mucho más de los ministros, de modo que incluso en una congregación de tamaño modesto ser pastor suele ser un trabajo de tiempo completo por sí solo; eso no era algo que Pablo ni los rabinos de su época enfrentaran. Nuestra sociedad está mucho más estructurada, las actividades congregacionales son más habituales, las instalaciones y los servicios son más elaborados, y los miembros esperan de los ministros un trato más personal. Los ministros merecen ganarse la vida dignamente para poder cuidar de sus familias. Dicho esto, me decepciona ver a algunos líderes cristianos que se consideran equivalentes a propietarios de negocios, directores ejecutivos y altos ejecutivos, y esperan recibir un salario equivalente al que podría pagarse por un puesto similar en el mundo empresarial. Cada caso es diferente, por supuesto, pero el espíritu del ejemplo de Pablo es clarísimo: no debería tomarse del tesoro de la congregación más de lo necesario para el sustento razonable de los ministros y el personal. Convertir estos puestos en carreras muy bien pagadas que compiten con la industria privada por el talento es uno de los factores que ha reducido la brecha necesaria entre las instituciones de creyentes y el mundo. Pero también ha atraído al liderazgo y al servicio ministerial a personas menos dedicadas a servir sacrificialmente a Dios con sus dones y talentos, y más interesadas en conseguir un empleo estable, bien remunerado y con buenas condiciones laborales.

Es significativo que aquí Pablo cite a Cristo al decir: «hay más felicidad en dar que en recibir». Especialmente los líderes cristianos y mesiánicos que quizá estén escuchando mis palabras, observen que Pablo no está hablando a la congregación; más bien, dirige específicamente este comentario a los líderes. Eso no quiere decir que el mismo principio no se aplique a los miembros; pero el ejemplo de este principio debe ser demostrado primero por el liderazgo.

Una vez que Pablo termina de decir todo lo que quería, se arrodilla y ora con los ancianos. Se despide de ellos con tristeza y lágrimas, pues se tomaron muy en serio su creencia de que nunca volverían a verlo. Curiosamente, a pesar de la prueba que le esperaba en Jerusalén, Pablo estaba equivocado: aquella **no** sería la última vez que los líderes de Éfeso verían a Pablo.

Pasemos a Hechos 21.

LEAN TODO EL CAPÍTULO 21 DE HECHOS

Este es uno de esos capítulos que quizá disfruto más que ustedes, porque contiene algunas implicaciones teológicas fascinantes y también amplias oportunidades para hablar más sobre el Pablo histórico. Al hacerlo, se abre una ventana para aclarar algunos conceptos erróneos que se han reflejado en ciertas doctrinas cristianas bastante extendidas.

Las últimas palabras del capítulo anterior explican que este grupo afligido acompañó a Pablo hasta el puerto, y que al menos algunos de ellos lo acompañaron en su peregrinación a Jerusalén. Las primeras palabras de Hechos 21 nos dicen dónde hizo escala el barco por primera vez: en Cos. Pablo y sus compañeros pasaron la noche en Cos y, al día siguiente, navegaron a Rodas y, desde allí, a Patara. Lo que vemos aquí es el habitual recorrido de isla en isla que realizaban la mayoría de los barcos de transporte de aquella época. Eran embarcaciones más pequeñas que entregaban mercancías a lo largo de las costas, sin aventurarse demasiado mar adentro; eran los camiones de reparto locales y tendían a operar cuando hacía buen tiempo y, en su mayoría, durante las horas de luz. Finalmente, Pablo necesitaría abordar una embarcación más grande y apta para navegar para cruzar las aguas abiertas del Mediterráneo y llegar a un puerto de Tierra Santa.

Cos era una isla pequeña por la que se pasaba en la ruta hacia Rodas; era conocida sobre todo por la escuela de medicina fundada por Hipócrates 500 años antes de los días de Pablo. La Rodas de la que se habla aquí seguramente es la ciudad de Rodas, ubicada en la isla de Rodas, porque esa ciudad tenía un puerto muy activo. Rodas era una isla mucho más grande que Cos. Curiosamente, los registros históricos griegos y romanos indican que ambas islas tenían poblaciones judías. Les

digo esto para señalar lo extendidos que estaban los judíos; difícilmente había un lugar en todo el mundo conocido donde no se encontraran al menos unas cuantas familias judías.

Patara estaba de vuelta en el continente de Asia, al este de la isla de Rodas, en el territorio de Licia; por lo tanto, era una travesía corta. Será en Patara donde Pablo dejará el pequeño barco en el que ha viajado para buscar uno más grande que lo lleve de regreso a Tierra Santa. Este sería un viaje de cinco días por mar. Recuerden que en aquellos días no existían los barcos de pasajeros; los pasajeros eran simplemente carga viva. Y observen cuánto detalle recibimos sobre este viaje; esto se debe a que estamos nuevamente en los pasajes del «nosotros» del libro de Hechos. Es decir, el escritor, Lucas, vuelve a incluirse en todo lo que se relata porque estuvo presente. Así que, siempre que Lucas estaba con Pablo, encontramos que aumenta la cantidad de detalles, ya que está informando de primera mano y parece que le gustan los detalles.

Pablo encontró un barco adecuado y zarparon de Patara; la ruta los llevó alrededor de las costas occidental y meridional de Chipre, y desembarcaron en Tzor, en Fenicia. Tzor es otro nombre para Tiro. Se quedaron allí una semana y se reunieron con algunos creyentes que vivían en ese lugar. Estos creyentes de Tiro se sumaron al coro de quienes aconsejaban a Pablo que no fuera a Jerusalén, porque el Espíritu anunciaba que algo malo le sucedería. Pablo no se dejó conmover; estaba decidido a ir a Jerusalén sin importar el peligro. Pero esto plantea un interesante dilema teológico que, tarde o temprano, se convierte en un desafío práctico para los creyentes. En Hechos 20:22 se nos dice que el Espíritu impulsaba a Pablo a ir a Jerusalén. Aquí, en Hechos 21:4, los discípulos de Tiro, también guiados por el Espíritu, le dicen a Pablo que **no** vaya. Dios no puede estar dividido, así que ¿qué está sucediendo aquí y por qué Pablo fue de todos modos? ¿O acaso estos discípulos no habían escuchado realmente al Espíritu?

Parece que estos discípulos de Tiro están recibiendo la misma advertencia del Espíritu Santo que habían recibido los discípulos de Asia: que a su líder Pablo le sucedería algo grave en Jerusalén. ¿Cuál sería la reacción de cualquiera si supiera de antemano que existe ese peligro? Sería instar a la persona afectada a no ir. Pero, por otro lado, Pablo dice que el Espíritu

Santo lo impulsaba a ir. Pablo percibía que había peligro por delante (quizá incluso la muerte), porque les dijo a los ancianos de Éfeso que nunca volvería a verlos; pero eso es un asunto distinto de si **debía** ir o no a Jerusalén. Recuerden: la Ley de Dios establecía que todo judío debía ir al Templo de Jerusalén para Shavuot (Deut. 16). En esencia, Pablo estaba resignado a que se encaminaba hacia el peligro, pero pensaba que Dios aun así quería que lo hiciera. El Espíritu no le ordenó a Pablo que se mantuviera alejado de Jerusalén. Más bien, fueron los seguidores de Pablo quienes le pidieron que no fuera debido a lo que temían que le esperaba. Según su razonamiento, era mejor quebrantar un mandamiento de Dios que hacer algo arriesgado.

Y ahí lo tienen, por incómodo que pueda resultar: como creyentes, **hay** riesgos que debemos estar dispuestos a correr cuando sabemos que Dios nos está impulsando a hacerlo. Sin embargo, en Occidente, donde existe una marcada aversión al riesgo, parece contradictorio hacer cualquier cosa que pueda implicar algún peligro para nosotros, especialmente si conocemos de antemano ese riesgo o tenemos serias sospechas de que algo podría salir mal. Entonces, ¿realmente podría Dios pedirnos que hagamos algo que Él sabe, y que nosotros sospechamos, que es seriamente arriesgado e incluso posiblemente mortal? Por ejemplo, mi esposa y yo hemos viajado a Israel más veces de las que puedo recordar, y seguimos yendo a Israel durante la violenta Intifada de hace unos 15 años, cuando autobuses y pizzerías eran bombardeados al azar por terroristas. Las tiendas cerraban por docenas, los restaurantes quebraban y hoteles enteros cerraban y quedaban abandonados. Nuestra familia y la mayoría de nuestros amigos pensaban que estábamos locos y nos rogaban que no fuéramos a Israel; y no es que ignoráramos el aumento del riesgo o que no sintiéramos cierta ansiedad al respecto. Es que sabíamos en nuestro espíritu que debíamos hacerlo. El problema era que Dios no nos dijo por qué, y eso lo hacía mucho más difícil.

Al mirar atrás, no puedo comenzar a explicarles cuánto han cambiado para mejor las cosas entre cristianos y judíos en Israel como resultado de los muchos miles de cristianos, como nosotros, que siguieron yendo a Israel durante aquellos tiempos peligrosos. Los comerciantes israelíes nos preguntaban directamente por qué seguíamos llegando en medio de todo aquel peligro, y cuando les explicábamos por qué, algunos querían saber

más sobre nuestra fe. Judíos en las calles se acercaban, nos estrechaban la mano y, con los ojos húmedos, nos daban las gracias. Les decíamos cuánto los valoramos y que Dios los ama. Incluso había judíos ortodoxos que, años atrás, cambiaban de acera para evitarnos; pero ahora se detenían, sonreían y asentían con la cabeza para reconocernos. Las relaciones entre cristianos y judíos en Israel son hoy muy diferentes y mucho mejores que hace menos de 20 años. Una auténtica calidez y un sentido de amistad han reemplazado una actitud bastante fría, poco acogedora y desconfiada. Así que ahora, en retrospectiva, entiendo por qué Dios hizo que nosotros, junto con muchos miles más de creyentes, fuéramos a Israel y enfrentáramos un peligro real, a pesar de que, en muchos sentidos, a cualquier persona razonable le parecía una imprudencia absoluta.

También conozco misioneros que van regularmente a lugares peligrosos, mientras amigos y familiares con fundamento espiritual sienten señales de alarma en su espíritu de que algo va a suceder y, por eso, creen que no deben ir o que deben ir a otro lugar; aquí es donde entra en juego el discernimiento. A veces, cuando sabemos que estamos a punto de entrar en una situación de gran riesgo, debemos decidir si Dios nos está dirigiendo hacia ese riesgo para usarlo para Su gloria o si estamos jugando tontamente con nuestras vidas, y lo que hacemos es idealismo ingenuo y no la dirección de Dios. No tengo una fórmula infalible para que ustedes puedan discernir la respuesta correcta; solo sé que el gran plan de Dios para los creyentes **no** consiste en eliminar toda posibilidad de peligro o riesgo. Más bien, creo que muchas veces cuando Él nos pide que vayamos o hagamos algo, aunque las circunstancias nos griten que corramos en la dirección contraria, se trata de una prueba: una prueba para ver qué nos importa más, nuestra vida o Su voluntad. No siempre tiene que implicar peligro para la vida o la integridad física; podría estar en juego un riesgo financiero, profesional o incluso social. Pablo hizo bien en continuar hacia Jerusalén, donde efectivamente sucederían cosas malas, porque el Señor tenía planes más grandes para Pablo de los que él conocía.

Saulo se despidió de los creyentes preocupados de Tzor, y él, Lucas y, aparentemente, algunos de los que lo habían acompañado desde Asia (probablemente llevando la colecta de fondos para Jerusalén) se

dirigieron a Tolemaida. En la actualidad, Tolemaida es conocida como Acre. Allí había creyentes que los recibieron y les ofrecieron hospedaje por esa noche. Observemos que, adondequiera que iba Pablo, encontraba creyentes o hacía nuevos discípulos. Así de rápido y ampliamente se había extendido la fe en Yeshúa durante los aproximadamente 25 años transcurridos desde la ejecución de Cristo. Al día siguiente continuaron su viaje hacia Jerusalén y llegaron a Cesarea Marítima, una de las ciudades portuarias más destacadas de Tierra Santa.Curiosamente, Felipe vivía allí y salió a recibir a los viajeros. Se trataba del mismo Felipe de Hechos 6, quien formaba parte de un grupo de creyentes judíos helenistas que consideraban que sus viudas no estaban recibiendo una parte justa de la ayuda destinada a ellas. Por eso, los líderes del Camino en Jerusalén eligieron a siete hombres helenistas para que se encargaran de distribuir la ayuda entre todas las viudas, tanto helenistas como hebreas. Por esta razón, el versículo 8 se refiere a Felipe como «uno de los siete».

Está claro que Pablo (o al menos alguien de su grupo) sabía que Felipe vivía en Cesarea, así que fueron directamente a su casa; y con Felipe vivían sus cuatro hijas solteras. Curiosamente, se dice que las cuatro eran profetisas. Permítanme desviarme un momento para explicar un interesante punto de vista judío sobre lo que sucede aquí. «Hijas solteras» es otra manera de decir «vírgenes». Esto no significaba necesariamente que fueran muy jóvenes, incluso niñas. La edad típica para casarse rondaba los 15 años; no era inusual que una muchacha se casara a los 12. Pero nadie confiaría en una profecía proveniente de una niña, así que probablemente estas cuatro hijas estaban en la mitad o al final de la adolescencia, o en sus veintes. Sin embargo, documentos judíos de aquella época sugieren que el celibato (de hombres o mujeres) tenía cierta relación con la capacidad de profetizar, porque la capacidad de profetizar también tenía cierta relación con el nivel de pureza ritual de la persona. La idea era que el momento de mayor pureza ritual de una mujer en toda su vida sería antes de compartir intimidad con el sexo opuesto; esto se debía a que el acto mismo inicia automáticamente un breve período de impureza ritual. Estos mismos documentos también señalan que las muchachas solteras que todavía vivían bajo el techo de su padre estaban separadas de los hombres, de modo que el contacto con ellos era muy limitado y estaba estrictamente supervisado por el padre; esto se hacía por motivos de pureza y modestia. En la cultura hebrea, todo esto

se consideraba el máximo ejemplo de piedad. Por lo tanto, era más probable que tales muchachas fueran recompensadas por el Señor con la capacidad de profetizar. No estoy diciendo que necesariamente así es como Dios lo ve; digo que así lo veía la sociedad judía en la época de Pablo y, sin duda, por eso se menciona aquí en Hechos 21. Porque nada indica que alguna de estas cuatro muchachas realmente profetizara a Pablo y su grupo.

Pero luego, en el versículo 10, mientras el tema de los profetas y la profecía sigue presente, leemos acerca de un profeta adulto llamado Agav que llegó de visita. Es una situación extraña porque no se nos da ninguna pista sobre si fue una coincidencia que él y Pablo llegaran a Cesarea más o menos al mismo tiempo, o si se programó intencionalmente para que ocurriera así. ¿Qué relación tenía Agav con Felipe, Pablo, Lucas o cualquiera de los otros creyentes? No lo sabemos. ¿Era creyente? Nada lo indica. Sin embargo, esta no es la primera vez que nos encontramos con Agav. En el capítulo 11 leímos que llegó a Antioquía desde Jerusalén y profetizó una hambruna en el Imperio romano. Y sucedió. Así que el vínculo entre él y los creyentes es ambiguo. Dicho esto, está claro que es un verdadero profeta de Dios y que se puede confiar en lo que dice. Agav hizo una representación visual de lo que Pablo podía esperar en Jerusalén. Pidió prestado el cinturón de Pablo (también llamado faja), se ató sus propias manos y pies y dijo que al dueño del cinturón (Pablo) le sucedería eso en Jerusalén y sería entregado a los gentiles (es decir, arrestado por las autoridades romanas). Una vez más, se informa a Pablo, aunque con más detalle, del peligro que le espera; pero sigue sin haber una orden de Dios de evitar Jerusalén. Por lo tanto, la instrucción de Dios para Pablo sigue en pie.

Como todos estaban presentes cuando Ágabo pronunció su profecía, Lucas, el grupo de ancianos que había acompañado a Pablo desde Asia y los creyentes locales de Cesarea volvieron a rogarle a Saulo que no fuera a Jerusalén. Pablo les pidió que dejaran de llorar y de insistirle que no hiciera aquello que él sabía claramente que Dios quería que hiciera. Les explicó que ser arrestado, sufrir lesiones o incluso morir no era lo importante; pasara lo que pasara, él estaba dispuesto a aceptarlo. Como Dios no le había comunicado por medio de ningún profeta que debía evitar ir a Jerusalén, lo que Pablo necesitaba de ellos era fortaleza y ánimo, no

excusas que supuestamente le permitieran desobedecer al Señor. Sin embargo, ellos siguieron insistiendo hasta que finalmente comprendieron que no lograrían hacerlo cambiar de opinión. Entonces concluyeron: «Que se haga la voluntad de Dios». En otras palabras, finalmente llegaron a comprender lo que Pablo había tenido claro desde el principio.

Saben, suena muy amable y afectuoso decirle a un hermano o hermana en Cristo que evite un riesgo que cree que Dios quiere que asuma. O decirle que, sea cual sea el deseo de su corazón, Dios también lo quiere, porque de lo contrario no habría puesto ese deseo en él. Pero la verdad es que las buenas intenciones y el discernimiento correcto de la voluntad de Dios no siempre coinciden. Todo lo que estos discípulos sabían era lo que Dios les había mostrado de tantas maneras: que Pablo enfrentaría graves problemas al llegar a Jerusalén. También sabían ahora, por la profecía de Agav, que Pablo sería arrestado por los romanos. Así que no creo que estuvieran equivocados en sus intenciones ni que demostraran falta de fe al intentar disuadir a Pablo de ir a Jerusalén. Sin embargo, esto nos dice que solo rara vez Dios nos muestra todo desde el principio hasta el final. La única información adicional que Pablo tenía y que los discípulos no tenían era que estaba seguro en su espíritu de que Dios lo quería en Jerusalén. Sin duda, los discípulos razonaron con Pablo y le dijeron que podía perder la vida si iba. Pero respetaban lo suficiente a Pablo como para llegar a la conclusión de que, al final, esto era un asunto entre Pablo y Dios; así que, de mala gana, dejaron de insistir y le desearon lo mejor.

Entiendan: Pablo no viajaba solo, así que no subiría a Jerusalén por su cuenta. Sus compañeros de viaje estarían con él y cualquier destino que fuera a alcanzar a Pablo fácilmente podría atrapar también a Lucas y a los ancianos de Asia (culpabilidad por asociación). Por eso no debemos pasar por alto la fe y la confianza que ellos también estaban demostrando; sabían que ellos también podían estar en peligro. A pesar de todo esto, el grupo que acompañaba a Pablo en realidad creció, pues algunos discípulos de Cesarea decidieron unirse a ellos mientras subían a Jerusalén. Una vez más, recordemos que esto no se trataba únicamente de lealtad a Pablo. Shavuot estaba cerca y estos hombres estaban obligados por la Torá a ir al Templo de Jerusalén para ofrecer sacrificios y adorar.

Se dirigieron a Jerusalén y de inmediato se detuvieron en la casa de Mnason, un creyente de Chipre, quien les proporcionaría alojamiento (lo que significa que tenía una casa bastante grande). Está claro que este hospedaje se había organizado de antemano, y con razón: Jerusalén aumentaría entre tres y cuatro veces su tamaño habitual durante Shavuot. Encontrar dónde alojarse podía ser bastante difícil, pero los residentes de Jerusalén lo consideraban un deber y un privilegio encontrar la manera de alojar a todos los que venían a las fiestas de Dios. Aunque Shavuot era técnicamente una Fiesta de un solo día, por supuesto los peregrinos que venían de lugares lejanos no llegaban por un día, daban la vuelta y regresaban a casa. Además, para entonces la **Halakhah** había impuesto muchas exigencias a quienes venían a celebrar, y la pureza ritual estaba en el centro de esas exigencias porque la impureza era contagiosa.

Era evidente que quienes venían de la Diáspora tendrían que llegar temprano para realizar los rituales de purificación. Incluso para los creyentes judíos que aceptaban la enseñanza de Pedro de que los gentiles no eran inherentemente impuros, existía la realidad de que la mayoría de los gentiles eran paganos; y su idolatría y su consumo de alimentos no kosher producían mucha impureza (por eso el Concilio de Jerusalén, varios años antes, había declarado ciertas prohibiciones respecto a estos dos asuntos para los creyentes gentiles). Luego estaba el manejo descuidado que los gentiles hacían de los muertos, para lo cual no seguían procedimientos de purificación, y esto producía la peor clase de contaminación; y así sucesivamente. Los judíos que vivían en la Diáspora estaban, por definición, en contacto cercano y constante con estos gentiles, por lo que se suponía que todos los peregrinos judíos que llegaban a Jerusalén desde la Diáspora eran impuros y necesitarían tiempo para realizar los rituales de purificación antes de poder entrar al Templo y presentar sus primicias.

El versículo 17 dice que los hermanos (es decir, los creyentes judíos de Jerusalén) recibieron calurosamente a Pablo y a su grupo. Al día siguiente, Pablo y todo el grupo de sus compañeros de viaje fueron a ver a **Ya'acov**, el medio hermano de Yeshua, quien era el máximo dirigente de El Camino. En las Biblias en inglés, **Ya'acov** es llamado Santiago. Ya lo he explicado, pero vale la pena repetirlo: esta tradición cristiana de llamarlo Santiago

surgió con la creación de la Biblia King Santiago. Los editores de la Biblia cambiaron el nombre de Jacob por Santiago para honrar al rey Santiago, y así ha permanecido desde entonces; no existe un « Santiago » en hebreo. Usaré ocasionalmente el nombre Santiago solo por familiaridad y continuidad.

Sha'ul pasó un tiempo explicándole a Santiago el gran éxito que había tenido entre los gentiles con el Evangelio. Esto no era presumir; Pablo siempre había reconocido la autoridad de Santiago, así que simplemente le estaba presentando un informe de progreso. Este es un buen momento para recordarles que, aunque Santiago era efectivamente el líder del movimiento mesiánico (El Camino), eso no representaba todas las corrientes existentes de quienes creían que Yeshúa era el Mesías (aunque sí era la mayoría). Además, no hay evidencia de que Santiago viajara fuera de Tierra Santa. Más bien, operaba desde Jerusalén y, por eso, trataba casi exclusivamente con judíos de la variedad más celosa: los judíos de Judea.

Con esa información sobre Santiago, el versículo 20 comienza con unas palabras importantes que debemos asimilar: «Al oírlo, glorificaron a Dios». Es decir, Santiago y los líderes de El Camino se alegraron mucho y se sintieron animados por el informe de Pablo. Existe una corriente doctrinal que comenzó en el cristianismo primitivo y que afirma que a Santiago y al Concilio de Jerusalén no les importaban los gentiles ni siquiera demasiado los judíos de la Diáspora. Estas palabras iniciales del versículo 20, entonces, o son insinceras o muestran que, en efecto, los líderes estaban entusiasmados por lo que estaba sucediendo. A cambio, se apresuraron a mostrarle a Pablo lo que había estado ocurriendo en Jerusalén.

El registro bíblico da a entender que había pasado mucho tiempo desde que Pablo había estado en Jerusalén: entre 15 y quizá hasta 20 años. Y desde entonces se había producido un gran desarrollo de la comunidad de creyentes en Tierra Santa. Santiago le dice a Pablo que vea cuántas decenas de miles de creyentes hay, y que todos son celosos de la Torá. Primero: en griego, Santiago dice que vea cuántas miríadas de creyentes hay. En griego, la palabra **myriads** significa técnicamente el número preciso de 10,000. Sin embargo, hay algunas pruebas de que la palabra

también se usaba para representar simplemente un número muy grande. Aun así, la expresión literal dice **cuántas myriads**, por lo que parecería decir **cuántas** decenas de miles de creyentes hay en Jerusalén. Además, Santiago llama a estos creyentes específicos «judeanos». No es desconocido que las palabras judíos y judeanos sean sinónimas; pero casi siempre el término judeanos significa lo que dice. Se refiere a los residentes judíos de la provincia de Judea. Y puesto que la escena tiene lugar en Jerusalén, en Judea, y el informe de Pablo se refería específicamente a judíos y gentiles de la Diáspora, parece que debemos aceptar la palabra de Santiago: estas decenas de miles de judíos a los que se refiere son únicamente judíos de Judea, de Tierra Santa.

Pero ahora viene la parte que ha desconcertado a la Iglesia durante 19 siglos. Santiago dice que todos estos judíos creyentes que recorren las calles de Jerusalén durante Shavuot son celosos de la Torá (CJB). En griego dice celosos del **nomos**, que suele traducirse al inglés como «la Ley». ¿Qué significa esto? ¿Cuáles son las implicaciones de que los judíos creyentes, incluso 15-20 años después de las decisiones del Concilio de Jerusalén de Hechos capítulo 15, sigan siendo «celosos» de la Ley? ¿Cómo puede ser? Según la mayoría de los primeros Padres de la Iglesia y la mayoría de las denominaciones cristianas hasta el día de hoy, Santiago abolió la Ley. Si es así, ¿por qué Santiago está ahora tan orgulloso de anunciarle a Pablo que todas estas decenas de miles de creyentes de Jerusalén siguen cumpliendo escrupulosamente la Ley?

Es una gran pregunta y una pregunta importante. Eso es lo que analizaremos en profundidad la próxima vez.